

05/03/20 “Hemos vuelto a tener miedos de los que me había olvidado. Es aterrador”

JUAN CARLOS GALINDO, Madrid

Antes de escribir *pequeñas mujeres rojas* (Anagrama), Marta Sanz tenía varias deudas que saldar. La primera, con la voz de los asesinos por el franquismo, de los fantasmas perdidos en las cunetas de España, que ya clamaron en su poemario *Vintage* (Bartleby). La segunda, con la denuncia de ciertos terrores que se creían olvidados o superados. La tercera, con el género negro y con la trilogía de su detective Zarco que ahora cierra para siempre. “Es una novela sobre la mala memoria y también sobre los silencios forzados de manera interesada para construir un relato histórico a medida de los vencedores. Y, cuando haces eso, inevitablemente vas a tener que amordazar bocas, emborrinar la verdad de los hechos”, cuenta Sanz (Madrid, 53 años) en su casa, bajo la atenta mirada, solo a ratos, de su gata *Calabardina*.

pequeñas muertes rojas —así, en minúscula, en un juego subversivo que se convierte en homenaje— es la historia de Paula, una inspectora de Hacienda de mediana edad que llega a la localidad imaginaria de Azafrán para trabajar en un proyecto de memoria histórica. Pero también es la historia de los olvidados, de la familia de Jesús Beato, patrón del pueblo, delator y trepa.

Paula se da cuenta pronto de que las cifras no cuadran e inicia la búsqueda de una segunda fosa con un ímpetu y un amor por la verdad que le saldrán caros, pues en aquel pueblo cómplice y maloliente, los de siempre no quieren ni necesitan recordar. “Quería plantear un orfeón de personajes que, además de ser buenos en su vida y tener cosas que los humanizaran, fueran buenas personas por sus actitudes épicas, porque tienen un protagonismo en el espacio público que los convierte en alguien valiente. Y eso, lamentablemente, a veces se paga”, explica para dar cabida a su coro de fantasmas y al resto de voces de este relato coral, de este western habitado por una violencia nada gratuita. “Sabía que no quería que las escenas de violencia, especialmente las ejercidas contra el cuerpo de una mujer, pudieran ser leídas de manera complacida, de una manera que se pudiera decir ‘qué bonito’. No quería que mi sistema nervioso personal, eso que se llama el estilo, hiciera posible esa recreación en los cuerpos castigados de las mujeres”, cuenta Sanz, preocupada por el lenguaje, porque la novela se pueble de contrarios en un juego de estilo y metáforas, de narradores poco fiables que da su cariz político al libro. “Es una manera de tener una confianza en la literatura como elemento de resistencia. El estilo extremadamente literario del libro es una apelación sistemática a la conciencia política”.



Marta Sanz, el martes en su domicilio en Madrid. / KIKE PARA

La escritora cierra con ‘pequeñas mujeres rojas’ su trilogía negra

“Todavía tenemos cuentas que saldar con nuestros óxidos franquistas”

El auge de la ultraderecha en España y en medio mundo ha dado a esta historia una actualidad inesperada. O no tanto. “Creo que el gran tema de la novela es cómo la memoria democrática tiene sentido en la medida en la que el pasado está en nuestro presente. Todavía tenemos cuentas que saldar con nuestros óxidos franquistas y esto se conjuga con un estado general de la política en la que lo que prima es la visceralidad, la irracionalidad”, reflexiona la autora de *Farándula*. “Quería una novela que subrayara la necesidad de hablar de la verdad frente al

discurso de la tergiversación, la posverdad y las barbaridades que dice por ejemplo [el dirigente de Vox Javier] Ortega Smith. Hemos vuelto a tener miedos que no tenemos, de los que me había olvidado durante mucho tiempo. Que vuelvan a renacer esos miedos a esas violencias explícitas, directas, contra el cuerpo y las maneras de vivir de mucha gente a mí me parece aterrador”.

La novela bebe de muchos géneros y a la vez los trasciende, los manipula. Pero, al igual que las dos entregas anteriores de la trilogía, se empapa del negro y juega con él. Con *Black, black, black* (2011) Sanz creo a Zarco, detective gay, personaje turbio y adorable, y dio el salto a Anagrama. Ahora, con *pequeñas mujeres rojas* cierra un ciclo. Un relato oscuro como este no tiene por qué ser pesimista. No, si, como la escritora, se tienen las herramientas adecuadas. “La literatura es entretenimiento, por supuesto, pero también denuncia, una manera de ampliar tu campo de visión, de adquirir una lucidez que pueda ser dolorosa y que al final repercute en que puedas ser más feliz”, remata.